

Tía Amalia

Roberto Bravo

Para mi amigo Marco Aurelio Carballo (1942-2015)

Tía Amalia es la que vive de sus hermanas, Amelia y Narcisa murieron ya, y ahora tía Amalia, la rebelde que no se casó, ni cree en los santos, dice el doctor que va a morir. Ella y yo nos parecemos, en que a los dos no nos gusta comer, comemos poco y lo indispensable. Es pequeña, delgada, y se mueve como si tuviera trece años a pesar de su bastón. Su rostro envejecido por las arrugas fue muy bello y más de uno la requirió en amores, pero esos hombres le parecieron tontos, y les cerró la puerta. Desprecia a los adultos, solo los niños hacen que su voz se vuelva dulce y amable. Como superviviente de la familia antigua, fue su heredera, hoy va a morir, y debemos despedirnos de ella para siempre. Mamá dijo a sus hermanos y a nosotros sus hijos: voy a entrar a verla primero, ella y yo hemos sido como amigas.

Mamá salió con lágrimas en los ojos del cuarto donde Tía Amalia nos espera, luego de consolarse en los brazos de uno de mis tíos, nos dijo. No los quiere recibir juntos, deben pasar uno por uno. A ti, se refirió Mamá a mi persona, me pidió que seas el último.

— ¿Sabe que va a morir?

— No me preguntó, ni yo le dije — respondió Mamá —.

Intentando no hacer ruido con mis pasos me paré frente a ella. Acostada en la cama del hospital no me pareció vieja, su hermosa cara lucía sin pliegues, su piel blanca no está manchada, sus mejillas tienen el tono rosa del amanecer, y sus ojos oscuros, sin lentes, son dos cavernas profundas que llevan a su pensamiento. Miraba hacia la ventana intrigada por la duda cuando la vi, y al verme, hizo una expresión de ¡Ah! Ya llegaste.

— ¿Cómo te sientes?

— Aquí nomás ¿cómo quieres que me sienta?

— Quería saber si tienes dolor.

— No hay dolor, si te refieres a si algo me duele, pero quiero que me digas, por qué vino toda la familia. ¿Por qué están aquí?

— Porque te enfermaste, y te visitan por esa causa.

— Eso no es verdad, pero no voy a discutirlo contigo, dime qué dice el doctor, y no mientas porque soy capaz de arrancarte para siempre de mi corazón.

— El doctor dice que estás muy mal.

— ¿Voy a morir?

La vi serio a los ojos y le contesté

— Sí.

— ¿Cuánto tiempo me queda?

La pared verde agua de la habitación se me hizo como un cielo sin nubes, busqué un apoyo en él, pero no encontré, reuní el valor de mis veinte años y le respondí:

— Unas horas.

Vio hacia la ventana, aunque sus ojos oscuros miraron de hecho adentro de sí misma, como si buscara algo, y no lo encontrara. Finalmente volteó a donde estaba yo y me preguntó resuelta:

— ¿Traes en qué escribir?

— No.

— No importa porque tienes muy buena retentiva, así que escúchame y no olvides lo que voy a perderte.

— No lo olvidaré.

— Entre las madejas de hilo de la canasta de mimbre que está encima de mi baúl hay una llave gorda y otra pequeña. Con la llave gorda abres el baúl donde guardo mi ropa, y con la pequeña abrirás una caja de madera de cedro oculta bajo mi ropa. Allí hay ocho cartas, en sus sobres están escritos los nombres de sus destinatarios, los conoces a todos, y les entregarás en sus manos a cada uno de ellos la carta que le pertenece. ¿Estás de acuerdo?

— ¿Qué tienen esas cartas?

— Esas cartas llevan anexo una copia de mi testamento.

Calló por un momento.

— Júrame que las vas a entregar a sus dueños.

— Lo juro.

— En esa caja de madera también hay dinero suficiente para que pagues lo que voy a perderte: No quiero que me entierren con mis hermanas, ni con nadie. Quiero una tumba para mí sola, y vas a orde-

nar un monumento sencillo, una sola plancha blanca de mármol con mi nombre, las fechas de mi nacimiento y la de hoy, y una leyenda que diga: «Nació, vivió y murió». Le dices a Triunfo, el carpintero, que me haga una caja de madera de cedro y que la barnice con un tono oscuro. Una vez que muera, le pides a Adolfa que venga al hospital con mi ropa y me vista, ella sabe qué muda tiene que ponerme. Vigila que los albañiles hagan bien la fosa donde meterán mi ataúd. Si quieren velarme deja eso en manos de la familia, pero no pagues nada con mi dinero, más que lo que te digo. Dale a Adolfa y a la mamá de Chano mi ropa, y son para tu mamá mis objetos personales.

Se hizo un silencio en el cuarto que significaba el final de mi visita, había llegado el momento de despedirme, pero eso ella debía pedírmelo, hasta entonces saldría de allí a cumplir mi cometido.

— A ti no te dejo ni siquiera una mata de plátano.

Observó después mi rostro para ver mi reacción.

— ¿No lo merezco?

Le pregunté, no como un reproche, sino por curiosidad. Sabía que con su herencia estaba saldando cuentas pendientes y me pareció legítimo que con sus bienes hiciera según sus deseos.

— De hecho, ninguno de a quienes heredo lo merece, pero tú quieres ser escritor como tu tío Miguel, y eso me impide darte nada.

— Si me dejas algún dinero me ayudará porque me voy a México a aprender a escribir, y allí no tengo dónde llegar. Aquí no hay quién pueda enseñarme.

— Harás bien, porque de los poemas de Miguel no vas a sacar ningún provecho ¿Sabes cómo lo llaman en el pueblo?

— El poeta de la mierda.

— ¿Y sí sabes por qué?

— Los poemas de su libro hablan de la mierda.

— Ahora te voy a decir por qué no voy a dejarte un quinto partido por la mitad. Pero contéstame antes la verdad: ¿Quiénes van a leer lo que escribas? ¿Tus amigos y las putas? Porque debes saber que Miguel se iba con sus amigos a casa de Mello, se em-

borrachaban con las putas, y les leía sus poemas. Sus risas se escuchaban hasta el otro lado del río.

Miré el piso, cambié de pie de apoyo, y viendo su rostro de inquisidor le respondí.

—Yo voy a escribir para quien quiera leerme.

—Eso ya lo sé, pero ¿quién quieres tú que te lea?

—La gente en general, Tía, no solo mis amigos y las putas.

El interrogatorio empezó a irritarme, pero debía estar alerta, no impacientarme, y contestarle lo que quiera saber, ella va a morir, y merece toda mi consideración. Después de mi última respuesta, sonrió relajando su rostro, entendí que había llegado a donde quería, y dijo como si yo le hubiera preguntado, como si yo anduviera descalzo y sin calcetines fuera de una vereda:

—Para escribir para la gente en general tienes que sentir lo que siente la gente en general, vivir como la gente en general, tener las necesidades de la gente en general, comer lo que come la gente en general, en pocas palabras, ser uno más de la gente en general, porque solo así va a leerla la gente en general y no solamente tus amigos y las putas como a tu tío Miguel, que nunca trabajó, llevó la vida regalada que le dio mi padre, y en su vida escribió un libro de veinte poemas inspirados en la mierda que dejan en la calle los peregrinos que vienen al pueblo a rogar al Cristo Negro durante las fiestas de mayo. En lugar de limpiar las calles, o poner letrinas públicas para esos infelices que se zurren donde pueden, hizo poemas a la necesidad de evacuar sus heces. En su vida de poeta solo eso hizo, y sus amigos y las putas fueron sus lectores. Yo no quiero que te pase lo mismo, no quiero que te pase lo que al tonto de Miguel. Para escribir a la gente hay que ser gente, es decir, joderse todos los días como ellos. Y aquí me callo, porque no se es gente común porque otros te digan que lo eres si no de hecho.

Parpadeó dos o tres veces, dio un pequeño suspiro, aflojó su cuello, su cabeza descansó sobre la almohada, y vio la pantalla beige del foco que pendía del techo. Es evidente que está dándome tiempo para

que le responda. Siento sus razones para no ayudarme como un sofisma, y toda la frustración que le provocó la vida de su hermano muerto la proyecta hacia mí, aunque también me parece congruente su actitud conmigo al anteponerse a mi proyecto de vida como la primera dificultad a vencer, como una prueba, y me enoja que quiera darme una lección, pero la acepto, no tengo opción para no hacerlo y ella lo sabe, es su triunfo, y debo otorgárselo. Me acerqué a su cama y agarré el dedo gordo de su pie que levanta la sábana como a una carpa, lo tomé suave acariciándolo.

—Tienes razón —le respondí—, es verdad lo que dices acerca de que me las tengo que ver por mi mismo, me da miedo pensarlo, me da miedo intentarlo, pero como dijiste, no tengo opción, y te aseguro que a como pueda seré escritor.

Sonrió cuando escuchó mis palabras, y esa sonrisa no se la vi antes. Por un momento su rostro y mirada se hicieron dulces, tan dulces y transparentes como la luz que entra por la ventana. En sus ojos ahora serenos brilló la emoción. Ven, me dijo con un ademán de su mano, acércate. Cuando me tuvo cerca, me tomo por el cuello, me jaló hacia su rostro y besó mis labios con tal dulzura que no pude evitar abrir los míos y besarla con una ternura que no creí tener. Duramos besándonos un tiempo sin límites en el que me entregó sus sueños, su deseo, el cariño acumulado a lo largo de sus años y reservado para este instante. Nos separamos cuando me pidió en un susurro:

—Ahora vete y no dejes entrar a nadie antes de que muera.